
CAPITULO LX.

EL VENCEDOR Y EL VENCIDO.

Día 1.º de Octubre.

Alemania comienza á sentir las dificultades inmensas de la guerra que azota y castiga, tanto al vencedor como al vencido. Doscientos mil soldados tiene fuera de combate. La flor de su aristocracia ha muerto en los campos de batalla. Los trabajos de la industria y de la agricultura están suspendidos. El hambre y la miseria cunden por todas partes. Su navegacion, su comercio, se hallan hoy en completa ruina. Los grandes pensadores comienzan á difundir las ideas de justicia, en las cuales puede levantarse una paz duradera. Los trabajadores saludan á sus hermanos de Francia y reconocen, que sobre las ruinas y la carnicería de la guerra, se elevan la solidaridad de sus intereses, la igualdad de sus derechos. Los estados del Sur sienten más que los del Norte lo aflictivo de esta angustiosísima situacion. Las reservas del gran ducado de Baden se resisten á entrar en campaña. La resistencia en algunos puntos llega hasta la desesperacion, y la desesperacion hasta grandes y terribles tumultos. Estras-

burgo rendido le procura mucho material de guerra, mil noventa cañones; pero lo más necesario al vencedor son camas, abrigos, salas para sus muchedumbres de enfermos y de heridos. Todas estas catástrofes han servido para que el rey de Prusia entre en Versalles, vengue á sus antecesores, se pasee por aquel monumento del orgullo monárquico, á la manera de Tito por el templo de Jerusalem, y se acueste con botas y espuelas en la cama de Luis XIV.

Mientras tanto, París, la gran capital del género humano, sufre toda suerte de horrores. La mayor parte de la poblacion acomodada ha salido. Sus alrededores son desiertos humeantes, y establos sus calles. Quinientos bueyes se matan diariamente y cuatro mil carneros, para proveer á las subsistencias. Esta carne se vende á un precio fijo, señalado por el gobierno. Los boulevares exteriores parecen cuarteles inmensos. En grandes barrancos, sobre tablas, hay estendidos colchones de campaña para los guardias movilizados que duermen vestidos, con su fusil al lado, abierta siempre la

oreja al peligro, y el corazón apercebido á la pelea. Son jóvenes en su mayor parte, condenados por la debilidad de sus padres en sostener la República y la libertad, á morir víctimas de los terrores y de las ambiciones del imperio. Seiscientos mil combatientes cruzan las calles, ayer henchidas de los productos del trabajo, teatro de las guerras del comercio, y hoy tristes campamentos destinados á presenciar como las aras de los antiguos dioses, sacrificios humanos. No hay ninguno de los acostumbrados placeres, ninguno de los históricos espectáculos. Esta Nínive se arrodilla sobre las cenizas, se viste su cilicio, y acepta resignada la expiación á que la condenan sus antiguas culpas, esperando salir regenerada de su bautismo de lágrimas y sangre. De vez en cuando resuena el cañon. Los más decididos, ó los más obligados de sus defensores, salen, se acercan al enemigo, le asestan sus tiros, les causan algunas bajas, dejan muertos en la refriega y se vuelven, gozosos de haber peleado por una causa justa, y satisfechos con su conciencia. Cuatro salidas llevan ya, y en las cuatro salidas han mostrado los defensores de París que están resueltos á una ruda campaña, y á renovar los milagros de la antigua República. Flourens, el joven republicano que peleó por la independencia de Creta; Fonvielle, escritor incansable de la libertad y de la democracia, soldado de Garibaldi en Marsala, soldado de Grant en Richmond, van con diez mil hombres á intentar una salida que será funesta á los prusianos. Estos, al hablar de un terrible encuentro habido el treinta, reconocen la enormidad de sus pérdidas. El escándalo y la anarquía con que Bismark contaba,

no resultan por ahora, á pesar de los grandes peligros á que está expuesta una población de dos millones de habitantes en armas. Los soldados que no han cumplido con su deber, y que creen hallarse aun sumidos en la vergonzosa Babilonia del imperio, son inmolados y expuestos en las calles á la vergüenza pública. Los milicianos movilizados toman bajo la severidad de la disciplina el aspecto de verdaderos soldados. Los fuertes, las murallas, no bastan á su ardimiento. En cada uno de los grandes caminos, ante cada una de las puertas, se levantan reductos para impedir las sorpresas. Hay barricadas blindadas que protegen las más grandes y más expuestas encrucijadas. Bombas, granadas de mano, petróleo, materias combustibles, minas, todo cuanto pueda incendiar, destruir, matar, todo está preparado para una heroica defensa. París se hundirá bajo sus ruinas, bajo sus escombros; pero no consentirá que la presenten deshonrada sus enemigos, y los enemigos de la democracia ante la posteridad. Necesita un grande esfuerzo, un heroico sacrificio, pero hará el esfuerzo y el sacrificio. París no ha querido la guerra. Su Emperador la ordenó, su Cuerpo Legislativo, compuesto de cortesanos, la decretó, su policía la aplaudió; París nunca la quiso. En aquel mar de sangre iba Napoleon á teñir la púrpura de su hijo; en aquel incendio iba Napoleon á forjar la corona de la dinastía. A París no podía ocultársele esto, y no se le ocultaba. Ha querido la paz antes de la campaña. El rey de Prusia la obliga á la guerra. Que recaiga sobre su frente la responsabilidad de este crimen, la maldición de la humanidad, la cólera de Dios.

CAPITULO LXI.

ITALIA Y ROMA.

Día 2 de Octubre.

Los acontecimientos más trascendentales á la vida humana pasan inadvertidos completamente como si entre el humo de la guerra se perdieran. El mundo no puede quitar sus ojos de Francia vencida, de París asediado, del duelo de dos razas ilustres, de esta tragedia, á cuyo desenlace se aguarda un cambio radical en la dirección de la política europea. Todos nos preguntamos si es verdad que el ejército francés se ha disuelto, que su estado mayor es prisionero, sus generales vencidos, su material de guerra despojo del enemigo; si es verdad que en esta gran catástrofe la nación del noventa y tres, la nación revolucionaria corre el peligro de una desmembración como la desmembración de Polonia. El pensamiento de Europa no tiene más objetivo que este pavoroso problema. Por eso allá en Roma cae la autoridad última de la Edad Media y apenas si los reaccionarios lloran, si los liberales sienten alivio de un peso abrumador, si la conciencia comprende que la religión autoritaria del Pontífice-

rey, del rey-Pontífice acaba de morir en el mundo, y con ella el legado último de los imperios asiáticos á la civilización europea. Los reyes mismos no saben lo que han hecho. Desde el punto en que el jefe de la religión católica, el que todavía ejerce espiritual imperio sobre las naciones más gloriosas de la tierra, no está entre ellos, no lleva sus insignias, la autoridad monárquica ha perdido una gran parte de su majestad y todo su prestigio. Si estuviéramos en la Edad Media, el hecho del desvanecimiento de la autoridad temporal romana, produciría uno de estos dos resultados: ó gran recrudescencia en la fé religiosa, ó gran recrudescencia en el entusiasmo monárquico. Las almas piadosas producirían una reacción espiritual, teológica, ante las desgracias del Pontífice, su destronamiento, el asedio de la ciudad santa, las manchas de sangre en las albas vestiduras sacerdotales, y las cadenas en aquellas manos destinadas á bendecir el mundo, á elevar al cielo las plegarias de la tierra y á descender sobre la tierra las misericordias del cielo.

A su vez las almas en quienes la idea del derecho civil, de la autoridad civil predominase como predominaba en nuestros legisladores y jurisconsultos de la Edad Media, se agruparían estrechamente en torno del Monarca, en torno de su autocracia, necesaria para combatir las invasiones del poder religioso. En tal crisis, el mundo occidental europeo sería, si la acción civil, si el movimiento civil predominaba sobre el movimiento religioso, una nueva Bizancio; y si la acción religiosa predominaba sobre el movimiento religioso, predominaba sobre el movimiento civil una nueva Jerusalén mandada por cartas sacerdotales. Hoy las condiciones políticas y sociales del mundo moderno han cambiado por completo con el cambio de ideas y de sentimientos. Las instituciones humanas brotan de las ideas como la vegetación y los diversos organismos brotan del estado físico, químico, climatológico de las diversas zonas. El mundo moderno ya no es bastante religioso para producir una reacción teocrática. El mundo moderno ya no es bastante monárquico para producir una reacción autocrática. Ni los papas tienen la autoridad que sería necesaria para cambiar los espíritus, ni los reyes la fuerza que sería necesaria para aprovechar en su favor la lucha del principio, del elemento civil con el principio, y el elemento eclesiástico. Hoy la ruina del poder temporal sólo trae por consecuencia inmediata la separación entre la Iglesia y el Estado. Y la separación entre la Iglesia y el Estado sólo trae por consecuencia que la sociedad sea cada día más laica, el matrimonio civil y civil el cementerio, la Universidad libre, la enseñanza independiente de toda doctrina

teológica, el presupuesto eclesiástico abolido, el pase y el patronato relegados á las antigüedades de la Edad Media, y la creencia religiosa convertida en asunto privativo del alma, del individuo, comunicación libre de la conciencia con Dios, y asociación voluntaria de las conciencias unidas por la misma fe en una iglesia soberanamente gobernada por todos sus fieles. Cuando el general Cardona tomaba á Roma, no tomaba la ciudad material con sus recuerdos, con sus obeliscos y sus monumentos, sobre los cuales corren el viento de los sepulcros y las ideas muertas desprendidas de la nueva florecencia del espíritu; lo que tomaba, era la religión privilegiada, la religión del estado, la religión que ha ungido á los reyes, la religión que ha predominado sobre los códigos civiles, la religión que ha tenido no sólo ejércitos de soldados, sino también ejércitos de inquisidores; la religión de la teocracia regulada por el pacto de Cárlo-Magno para un mundo bárbaro, de fuerza, de guerra, de aristocracia, sobre el cual amagaban las últimas irrupciones, los normandos; y se cernían las últimas consecuencias del individualismo germánico, las aves de rapiña llamadas instituciones feudales. De ese poder temporal destruido, de esas ruinas amontonadas, sólo brota una sociedad más libre, más democrática, una sociedad en que el espíritu sea poseedor de la conciencia y la conciencia sea poseedora de la idea, de su Dios. En esta sociedad la religión había dejado de ser una fuerza coercitiva para pasar á ser una fuerza moral. Y nuevos cielos se descubrirán desde una nueva tierra.

CAPITULO LXII.

LOCURAS Y CATÁSTROFES.

Día 3 de Octubre.

La irrupción que Francia sufre, es inmensa. Parece que el pueblo alemán se apoderó del pueblo francés como en otro tiempo se apoderó del pueblo romano. Nuevos regimientos han pasado el Rhin y se dirigen sobre la ciudad de Colmar. En Toul ya rendido como Estrasburgo, se forma un ejército de cien mil hombres que amenazan duramente á Lyon. Esta ciudad no da muestras de sensatez política. La ausencia de las instituciones libres, que por espacio de diez y ocho años ha sufrido Francia, la ha desacostumbrado un poco de la severa disciplina moral que las naciones han menester para conservar la libertad. Y la experiencia demuestra que este bien se pierde fácilmente. Lyon sólo debía pensar hoy en la salvación de la patria. Lyon no debería poner obstáculos al gobierno de París cuando se ha encargado de reanimar el cadáver que dejara tendido en los campos de Sedan la traición de Bonaparte. Cuando el enemigo ocupa una gran porción del territorio, cuando el gobierno republicano se ha dividido por necesidad, y una parte ha quedado en París sitiado, y otra parte de-

manda desde Tours auxilios á toda Francia es un crimen de lesa humanidad y de lesa patria pensar en otra cosa, que en la defensa nacional. Todo proyecto que tienda á debilitar esta defensa, es un proyecto insensato y criminal. La demagogia de Lyon si es verdad existe, si no es creación de las imaginaciones reaccionarias, que tanto se empeñan en desacreditar la República, esa ciega demagogia está loca, furiosa, con una demencia que conduce directamente al suicidio.

Yo comprendo cuánto una revolución perturba á los pueblos. Pero es necesario que los enemigos de las democracias se persuadan de una verdad importantísima á saber, que las democracias sólo pueden hoy perecer en el mundo por los excesos de la demagogia, que mata el cuerpo social como la plétora mata el cuerpo humano. Yo espero que los demagogos de Lyon sean refrenados por el gobierno como han sido refrenados los demagogos de Marsella por la autoridad y la prudencia del prefecto Esquiros. Hoy todas las cuestiones de Francia deben reducirse á una sola, á la salvación de la patria.

Y harto lo necesita Francia cercada de toda